Sin Arrepentirse (Corregido)

D. Dorada

Capítulo 1

Capítulo 1

Miraba las luces de la ciudad desde el ventanal de mi departamento. Desnuda, sentía el frío del vidrio en mis brazos cruzados sobre mi cabeza. Solía hacer esto porque me sentía poderosa, como un dios mirando lo que ha creado, pensando en destruir o no lo que ve.

Estaba en estas y otras ensoñaciones cuando escuché la puerta del baño abrirse. Sin moverme un centímetro miré hacia atrás de reojo y volví la mirada al frente cuando unos brazos rodearon mi cintura y me abrazaron tiernamente.

— Te llamé un taxi — le dije impertérrita.
— ¿Qué tú qué? — me dijo ella mientras se separó de mí perpleja.
— Vístete rápido — le insistí mientras caminaba hasta el closet y me vestía.
— Pero pensé que…
— Voy a salir, puedes pensar en tu casa, a mi realmente no me importa — sonó el timbre del citófono, caminé hacia el mientras me terminaba de vestir —. ¿Aló? Ok, ya baja — me puse la chaqueta, la miré —. Está abajo el taxi.

Vi el instante en que se quebró su corazón. Corrió hacia mí como para suplicarme.

— ¡Pero pensé que te gustaba! ¡Que podíamos..!
— Pensaste mal, yo no tengo nada con nadie, ni menos con alguien a quien no conozco… deja cerrado cuando salgas — dije mientras abría la puerta.

Su rostro se desfiguró y lo último que escuché fue un “maldita hija de…”.

No estará cuando vuelva, nunca están, ni ellos ni ellas. Soy una perra, lo sé, pero no me malentiendan, hay una buenísima razón para ser como soy pero, antes de que les diga el porqué de mis actos o la verdadera razón de porqué les hablo, les contaré sobre estas últimas dos semanas, ya que para mí gusto o no, son claves en lo que sucederá.

Me gusta ir a bares o discos, pubs, restaurantes. Conozco muchos y he ido lo suficiente a cada uno como para saber el perfil de las personas que van. Así que dependiendo del ánimo que tengo, es a donde iré por mi captura.

Si bien los hombres también están dentro de mis gustos, últimamente los he dejado de lado, la manera de atraerlos incluye hacer el papel de tonta complaciente, papel que me desagrada y me produce dolor de cabeza, sin contar que debo pagar por lavandería al otro día y bañarme tres veces, para quitarme el olor a perfume; entre otros, de la piel.

De todos los lugares, hay un Pub en especial al que me gusta ir. Se llama "El horizonte Arcoíris" un nombre pintoresco para un bar gay. Es moderno, las sillas son cómodas, sirven buenos tragos y el dueño me hace descuento, dice que cada vez que voy, el lugar parece llenarse. Y la verdad yo sé que es así, he visto como las chicas de la barra murmuran entre risitas al verme de reojo y textean para avisar que estoy en el lugar. Van porque esperan que las elija, saben que siempre elijo a alguien.

Las más osadas me invitan un trago que mandan a dejar a mi lugar pero, jamás se acercan. Si lo hacen, están automáticamente vetadas por un buen tiempo. No les importa tener que esperar toda la noche o venir día tras día, cuando me levanto y camino a la mesa de la chica en cuestión, es todo lo que les importa, saben que no me ando con rodeos. Prendo mi cigarrillo, les converso lo que me demoro en fumarlo y al apagar la colilla me levanto y las invito a mi departamento.

Quizás es por mi piel blanca y suave, mis curvas y cuerpo atlético, mi cabello negro y ondulado siempre dejando ver sólo un ojo negro de mirada severa pero, seductora. O mis labios color rojo intenso y de voz profunda y segura. O quizás todas las anteriores. Yo creo que es más la patética necesidad que tienen todas de encontrar el único y verdadero amor y obviamente mejor si es bien parecida.

Ahora, esta chica en particular, nunca antes la había visto en el bar. Probablemente era nueva y estaba sola en la ciudad, en busca de chicas lindas en el bar más popular del ambiente gay. La vi entrar en un pestañeo rápido que hice hacia la puerta y se sentó a dos sillas de mí en la barra, pidió una cerveza y se giró en la silla hacia la pista para observar el lugar, mientras apoyaba los codos en la barra.

Tenía un look ambiguo, brazos llenos de tatuajes, una polera corta dejando ver su ombligo, usaba jeans ajustados, cabello corto, desordenado y café al igual que sus ojos, labios cortos y pálidos, de contextura delgada pero fibrosa. Supe que era de pueblo al ver sus botas

vaqueras, que nadie en la ciudad usaría.

Yo he estado con mujeres como ella, he estado con muchos tipos de mujeres porque, la verdad me da igual como sean físicamente. Bajas, altas, gordas, flacas, viejas, jóvenes, lesbianas, bisexuales, heterosexuales, cristianas, ateas, caucásicas, afroamericanas, orientales, tímidas, extrovertidas, todas y cada una de las mujeres que existen en este mundo podrían ser candidatas a estar conmigo. Lo que a mí me interesa más que el físico es la manera en que se les rompe el corazón. Disfruto el momento exacto en que se enamoran de mí, casi puedo ver en sus ojos como se imaginan, en menos de un segundo, una vida a mi lado y me hace sentir un éxtasis cuando todo su mundo se derrumba, después de tener sexo con ellas y pedirle que se vistan y se vayan. Es por esto que elijo a unas y no a otras, las observo, les hago las preguntas claves y logro obtener un perfil de quien se enamorará y sufrirá profundamente con todo lo que sucederá.

Pero bien, volviendo a la historia en cuestión, ésta chica me notó poco después de girarse de vuelta a la barra. Yo prendía mi cigarro cuando vi de reojo que se acercó a mí y escuché como las chicas del pub murmuraban "una menos, que tonta, vetada quizás hasta cuándo". Se sentó a mi lado tratando de ser atractivamente masculina y sonriendo sensual me dijo:

— ¿Qué tal? No te había visto. ¿Te molesta si me siento acá? A menos que andes acompañada…

— No, sola — le contesté secamente sin mirarla y tomando un sorbo de mi trago agregué —. Pero parece que tú no lo entiendes.

— ¡Já! Tan ruda, me agrada. ¿Y vienes a menudo a este lugar?

— Para mí, ahora desgracia, sí — le dije sin mirarla.
— ¡Ah! Mejor aún, vendré más a menudo entonces. Me pareces muy interesante, quizás tú y yo podríamos vernos otra vez, hacer algo entre…

Daba un sorbo largo a mi trago cuando escuchaba todas están tonterías, dejé el vaso en el mesón con un golpe más o menos fuerte para callarla.

— Mira, no sé qué es lo que te habrán contando por ahí de este lugar o cómo funcionan las cosas en esta ciudad, pero si crees que puedes venir aquí y decir frases clichés de películas cursis para conquistar a alguien como yo, estás perdiendo tu tiempo y haciéndome perder el mío. Además

jamás me fijaría en alguien como tú.

Ella enarcó una ceja y me miró algo enfadada.

— ¿Cómo, cómo yo? A que te refieres.

Sonreí despectiva ante esa pregunta.

— Como tú. Pueblerina.

— i¿Pueblerina?! — dijo abriendo los ojos indignada.

— Sí, típica lesbiana de pueblo que después de "comerse" a todas las cristianas del lugar, siente que este le queda chico y quiere venir a la ciudad a probar suerte. Trabajaste todo el año en una fuente de soda de mala muerte para arrendar un sucucho en el centro, sintiéndote la más valiente del mundo por estar sola en un lugar como este, pero lo primero que hiciste al encontrar trabajo, fue venir al bar gay más grande que hallaste para levantarte a una tipa y llevártela a la cama porque en las noches te sientes sola, jodidamente sola y quizás en esta ciudad encuentres el "amor". Igual que todas las tipas que vienen a este lugar — terminé de decir y le di una calada a mi cigarro.

Ella apretó la mano en un puño y me miró desafiante.

— Estas bien equivocada en lo que dijiste y creo que deberías dis…

— Acabas de hacer cuatro micro expresiones que me comprueban que mientes al decir que no y me dan la razón y ahora con tu permiso o sin él, me retiro — le dije con aire serio y despectivo mientras me levantaba.

— ¡Yo también conozco a las de tu tipo! Eres la típica mujer que lo dio todo en una relación larguísima, para que al final de cuentas la dejaran igual y ahora tienes esa actitud de mierda porque estas despechada y crees que siendo una perra le devuelves el favor a tu ex — me dijo con ira levantándose de la silla.

Haciendo uso de mis mejores habilidades de actuación me apreté el pecho con la mano y puse expresión ofendida y apenada

— ¡Oh, Dios mío, tienes tanta razón! ¡Soy la peor! Siento tanta culpa ahora por el daño que te causé al decir todas esas cosas feas, lo siento pero ahora gracias a ti veo la luz —le dije dibujando un arco con mis manos en dirección hacia uno de los focos del lugar y con la mirada en el infinito.

Ella me miraba perplejamente confundida y agregué volviendo a mi

displicente actitud.

— De haber sabido que iba a venir aun sesión de psicoanálisis habría traído pañuelos —dije despectiva, disfrutando como cambiaba el rostro de ella de la impresión a la duda y luego a la rabia y frustración —. Y como te dije, me retiro, conseguiste que me doliera la cabeza.

Caminé a la puerta dándole la espalda y no volví al Horizonte Arcoíris.

Bueno, debo confesar que parte de lo que dijo no estaba tan alejado de la realidad salvo porque gracias a ese momento en mi vida que ella describió, fue que reaccioné y me di cuenta de que lo que muchos llaman "amor" es en realidad autocomplacencia disfrazada. Gente buscando que otros te hagan feliz, te den placer y te complazcan y cuando te aburres de la persona que te lo da o cambian o crecen tus expectativas de recibir, le dices adiós, fingiendo que te duele y te buscas otro postor. Puro egoísmo eso del amor, puro fingir que alguien te interesa cuando sólo te interesas por ti mismo.

Y fue en ese momento en que decidí ser real. Sin lazos, sin compromisos ni cursilerías baratas. Sólo yo y mi deseo de placer. Sólo finjo cuando veo que la otra persona no puede aceptar la simple verdad pero, en cuanto me veo satisfecha, me saco la máscara amorosa y con calma las o los saco de mi vida.

Y hablo de sacarlos completamente, porque otra persona en mi posición usa a los demás como trofeos, conquistas amorosas a su haber que alardea ante los demás. Yo no. Los y las olvido completamente. El nombre, sus caras, ni si quiera se con cuantas o cuantos he estado porque la verdad, no me importa, no hablaré más de ti ni de nadie. Fuiste en su momento y al otro dejaste de existir.

Pero, no fue hasta después que me di cuenta que estaba jodida con esta mujer. Bueno, estaba jodida con varias cosas pero, las explicaré bien en su momento.

Verán, como les dije, a la otra noche volví al Horizonte a hablar con George, el dueño. Gee-gee para los amigos. Llegué mucho antes de que abrieran al público, me senté donde siempre y saludé a Gee-gee.

— ¿Qué quieres, cariño? ¿Un trago?
— No Gee-gee, dame un café bien cargado, tuve un día agotador — dije prendiendo un cigarro.
— ¿Mucho trabajo, cariño? — me dijo mientras hacía el café.

— Horrible, me tomaría unas vacaciones en Noruega.
— ¡Ay, niña! ¡Tan helado! ¡Mejor en Cancún!
— Gee-gee, sabes cuánto detesto el sol y la gente.
— ¡Jajaja! Sí, lo sé. Aunque cuando vienes acá y te llevas a tus conquistas, no diría lo mismo. Acá tienes tu café, tal como te gusta.
— Que me lleve a una que otra a mi departamento no habla de mi gusto por la gente, más bien de lo aburrida que ando a veces — dije dándole un sorbo a mi café y mirando a Gee-gee con suspicacia.
— ¡Jajaja! Ay, que me haces reír.
— Y qué me cuentas de anoche.
— ¡Uf! ¡Ni te imaginas! Después de que te fuiste pensé que esta campesina se iría. O sea, ya hay que tener valor para vestirse así ¡Y esas botas, por Dios!
— Enfócate Gee-gee, por favor.
— ¡Ay, ya! Bueno, la cosa es que no. No se fue. En cambio se pidió otra cerveza y se puso a averiguar todo lo que podía de ti.
— ¿Y qué le dijeron?
— Bueno, mis niñas le dijeron que no sabían mucho de tu vida en verdad, salvo que venías a menudo. Si tenías ganas te ibas con alguien a tu departamento en las afueras de la ciudad, que tenías mucho dinero y que nadie sabía de donde lo obtenías. ¡Ah! Bueno y tu nombre.

Sonreí de manera maliciosa y complacida.

— Si quieres le digo a los guardias que no la dejen entrar más.
— No te preocupes, no será necesario.
— ¡Oh! Cariño, esa sonrisa. ¿Qué estás tramando? — dijo mientras apoyaba su mentón en la palma de su mano y se acercaba a mi inquisidor y divertido.
— Quiero ver hasta dónde llega nuestra campesina. De lo que es capaz, ya sabes lo que dicen. Mientras más alto llegas, más duele la caída — dije terminándome el café.
— ¡Ay Dios mío! ¡Qué perra eres, jaja! ¡Me encanta! Además, esa sonrisa maquiavélica te hace ver tan sexy. Me dan ganas hasta de volverme heterosexual por ti.
— Gee-gee, si quisiera, haría que me suplicaras estar contigo — le dije con la confianza que me caracteriza.
— ¡Grrrr! — hizo el gesto de un gato arañando.

Un par de horas después de que abrieran al público llegó la campesina y sin pensarlo dos veces caminó hasta mi lugar y se sentó a un lado para la impresión de todos.

— Pensé que no volverías después de lo de anoche — mentí.
— Pues si algo destaca a las "pueblerinas" como yo, es que somos muy testarudas y no nos rendimos ante nada.- dijo sonriéndome con mucha

confianza.

Pude ver que se sentía empoderada de la situación pero, lo que no sabía era que justamente era eso lo que quería lograr en ella.

— ¿No te rindes? ¿Y eso qué significa? — me hice la sorprendida.
— Que voy a lograr que de aquí a una semana salgas a una cita conmigo —dijo mientras acercaba su rostro confianzudo al mío.
— ¡Vaya! Sí que te tienes fe. Bueno, te lo concedo, otra no lo intentaría tan abiertamente.
— Ya verás, te voy a sorprender y vas a tener que comerte tus palabras.
— Veamos que tienes. ¡Pero..!
— ¿Pero?
— Si no lo logras, no te quiero ver por aquí nunca más — le dije muy seriamente por fuera pero, muy divertida por dentro.

— Trato.

Me levanté para irme pero, ella me agarró el brazo con rapidez.

— ¿¡A dónde vas!? — me dijo sorprendida.

Le dirigí una mirada de desprecio después de mirar su mano. Ella me soltó de inmediato. Le di la espalda y me acerqué a una chica que estaba bailando. La invité a mi departamento, ésta aceptó, puse mi mano en su cintura y caminamos hasta la salida no sin antes girar mi cabeza y dirigirle una mirada a la campesina para ver como ardía en rabia. Solté una risita y me fui del lugar.

Capítulo 2

Capítulo 2

No fue hasta dos días después que me decidí a ir al Horizonte. Suficiente crueldad y ventaja me había dado al quitarle a la campesina dos días de intentar "conquistarme". Había tenido un día muy caótico en la oficina: documentos que firmar, negocios que cerrar, nuevos socios, etc. y quería un café de Gee-gee. El único que me podía reponer pero, cuando iba llegando al bar, después de estacionar el auto cerca, vi a la campesina sentada en las escaleras del lugar. << ¡Qué mierda hace aquí a esta hora >> pensé hastiada.

La vi sentada con las piernas estiradas y sus manos apoyadas en un escalón, lo que me recordó, para mi desgracia, un período de mi vida que me había empeñado en olvidar.

Joven y demasiado incrédula, tonta y llena de fe en el amor y la humanidad. Confiaba en todo y en todos, pero, por sobre todo, confiaba en Ana.

La conocí en la escuela. Me había mudado a la ciudad con mis padres. Venía de un pueblo perdido en la carretera al sur. De esos pueblos que nadie sabe que existen.

Mis padres, después de muchos años de servicio, lograron que los ascendieran y por consecuencia, que les subieran el sueldo cuantiosamente, dinero que invirtieron en propiedades y en la bolsa y a mí y a mi hermana nos pagaron el mejor colegio. Esos colegios que parecen hoteles 5 estrellas con niños que con suerte saben que existen más lugares que en donde viven.

Así fue como conocí a Ana. Ella era mi compañera de banco y terminaríamos haciendo todo juntas. A mí me gustó desde el primer día, con su pelo naranjo y ojos azules. Comenzamos a salir después de un año de amistad. Fue mi primera relación, mi primer beso, mi primer amor. Era mi mejor amiga y confidente.

El problema fue que ni sus padres ni los míos apoyaron nuestra relación, sólo porque éramos dos mujeres. Aun así y en contra de todo y todos, nos fuimos sin un peso y llenas de ilusiones a vivir juntas a una pieza a un

edificio en el centro de la ciudad.

Yo me puse a trabajar de mesera y ella consiguió una beca en la escuela más prestigiosa de teatro y ahí la esperaba yo, después de trabajar, la iba a esperar en las escaleras de su academia, con las piernas estiradas y los brazos apoyados en el escalón, hasta que la escuchaba detrás mío llamarme: " hola mi bella princesa".

Caminé hasta la entrada del bar y miré a la campesina con molestia.

—¿Qué haces tú aquí? —le dije con cara de asco
—¡Eres bien tramposa! —dijo mientras se levantaba con calma pero, no noté enojo en su voz.
—¿Ah, sí? ¿Por qué lo dices? —pregunté mientras cruzaba los brazos y levantaba una ceja.
—No venir en dos días, claro que te da ventaja pero, no voy a dejar que te salgas con la tuya. Vamos, ven conmigo —dijo mientras me miraba y caminaba alejándose del bar.
—Supongo que no esperarás que te siga —le dije mirándola con seriedad.

Ella se detuvo, me miró, soltó una carcajada y se acercó con una sonrisa de medio lado.

—Para ti es súper fácil venir aquí, levantarte a una chica y seguir tu vida como si nada. Pero no creo que sea así en terreno que no conoces ¿O sí? —se dio la vuelta y caminó con las manos en los bolsillos.

No pude evitar abrir los ojos de par en par. ¡Esta perra me estaba desafiando! Creía que no lo lograría en otro lugar y algo así no lo podía aguantar.

—¡Oye, campesina! Tengo mi auto estacionado cerca de aquí, espérame acá. Ni creas que me iré caminando a donde sea que me lleves.

La vi sonreír entretenida, sabía que había conseguido lo que quería pero, bueno, yo ya tenía suficiente ventaja y quería saber a dónde tramaba llevarme.

Cuando llegue con el auto pude ver su rostro impresionado ante mi negro deportivo Alfa Romeo.

—¡Woh! Cuando me dijeron que tenías dinero nunca pensé que tanto

—me dijo mientras subía al auto.

Sonreí aburridamente complacida.

—No te imaginas cuánto. Y bien ¿A dónde vamos?
—¿En cuánto tiempo puedes llegar a la costa con esta belleza?
—Depende… —le dije mirándola de reojo.
—¿De qué depende?
—De si te asusta la velocidad —le dije mientras encendía el auto y aceleraba el motor.

Ella se puso el cinturón bastante rápido. Imaginé que le entró miedo.

—Pues yo te indico por donde, no quiero que sepas de antemano a dónde vamos.
—Me parece —le dije mientras aceleraba a gran velocidad.

Llegamos a la costa en una hora. De no ser que se quiso hacer la ruda, estoy segura de que la campesina me habría pedido bajar del auto cuando iba pasando los 120 kilómetros por hora en carretera.

Me indicó unas calles cerca del puerto y llegamos a unos estacionamientos privados. Dejé mi auto ahí, no sin cierta desconfianza, no todos los días se ve un Alfa Romeo por estos lados, y me llevó por unos callejones hasta una casona antigua que parecía deshabitada. Ella tocó la puerta y pasado unos minutos le abrieron.

Me miró y con una sonrisa de medio lado me indicó que pasara.

Yo no sabía a qué clase de cuchitril me había traído y me estaba hartando un poco.

Subimos unas escaleras interminables y de pronto llegamos a una especie de buhardilla muy grande, decorada con luces de navidad, una especie de barra atendida por un joven de no más de 16 años. El suelo estaba lleno de cojines de colores, medio desgastados. Había harta gente pero, no como en el bar de Gee-Gee. El ambiente era más oscuro pero, acogedor. Y dos de los muros era de ventanales que dejaban ver todas las luces del puerto que no dormía nunca.

—¡Hola! Tanto tiempo Lito. ¿Cómo va la cosa? —saludó la campesino al chico de la barra con el típico apretón de manos de los hombres.
—Bien, bien, cada día mejor.
—¿Sigues en la Escuela?
—No, estoy dando exámenes libres. Ya sabes, más por mi mamá que por gusto. Sabes que me gusta esta buhardilla —le dijo a la campesina

mientras limpiaba la barra y esbozaba una sonrisa avergonzada.
—Jaja, sí, lo sé —le dijo con unas palmaditas en el hombro.

La campesina avanzaba y saludaba a todos. La gente del lugar me miraba pero, no como en los lugares que frecuentaba, sino como alguien que no debería estar ahí. No me sorprendía, el lugar había sido armado con poco presupuesto y todos parece que vestían con ropa de una tienda Americana y yo venía directamente importada de Armani, zapatos Prada, con la cartera más cara de Michael Kors y con las uñas y el pelo de peluquería. Nos sentamos en un rincón cerca del ventanal sobre unos cojines que a pesar de que estaban viejos y desteñidos eran bastante cómodos.

—¿No te molesta sentarte en el suelo, cierto? —me dijo la campesina entretenida.

Le devolví una mirada despectiva mientras me sentaba, como diciéndole que eso no era nada y no me incomodaría.

Se me acercó el joven de la barra y pasando su brazo alrededor de los hombros de la campesina le preguntó si iba a querer lo de siempre.

—¡Obviamente, Lito!

Este chico se volteó hacia mí y, como siempre pasa, vi como quedaba "flechado".

—¡Guauuu! ¿Quién es tu amiga? Nunca antes habías traído a alguien así acá. De haber sabido que vendría un ángel caído, tendría esto más limpio —dijo mirándome con galantería.

No pude evitar soltar una pequeña carcajada ante el coqueteo del chico al que llamaban Lito. Podría haber sido mi hermano menor, él lo sabía pero, aun así se esforzaba.

—¿Qué puedo traerle a esta belleza?
—Lo que tú quieras muchacho pero, fuerte ¿Vale? —le dije con una mirada coqueta siguiéndole el juego.
—¡En seguida! —dijo Lito mientras salía corriendo hacia la barra.
—¡Jaja! Pobre Lito ¿No te basta con conquistar mujeres? —me dijo la campesina mirándome entretenida.
—Aún no me he metido con escolares. Quizás sea entretenido, pero, no tengo ganas de hacer de mamá, quizás si un día me gana el aburrimiento… —dije fríamente, como si el tema no me importara.

La campesina me miró entre indignada e impactada. Lo cual me pareció perfecto, ya estaba demasiado entretenida con mí actuar y no quería que

se sintiera cómoda.

Lito llegó con los tragos: Una cerveza artesanal para la campesina y un whisky en las rocas para mí.

— Nadie pide este tipo de tragos aquí pero, tenía unas ganas tremendas de abrir esta botella. Creo que te puede gustar.

—¡Vaya, gracias! —le dije y lo probé. Para mi sorpresa, era un whisky bastante bueno y como el chico estaba despertando cierta simpatía, se lo reconocí —. Bastante bueno, ¿No? Buena decisión, después me tomaré otro —le dije alzando mi vaso en señal de salud y con una sonrisa de medio lado.

El chico quedó en las nubes y se fue chocando con un par de cojines hasta la barra.

—Bueno y que hacemos aquí ¿Cuál es tu plan? —le dije a la campesina sin mirarla mientras probaba mi trago.
—Pues, sacarte de contexto primero. Incomodarte, segundo. Y conocerte más, tercero —dijo mirándome con una sonrisa de medio lado y tomando un trago de la cerveza.
—¡Jaja! ¡Incomodarme! Por favor… yo no me incomodo con nada.
—¿No? Pues parecías incómoda cuando me viste en las escaleras del bar… —me dijo levantando una ceja.

<< Touché >> pensé.

—No, no, no… sólo molestia. Eres como una pulga en el trasero.
—¡Ja ja ja! ¿Me creerás que mi padre me decía así mismo? Por cierto, soy Laura —dijo ofreciéndome la mano en señal de saludo.

Miré su mano, luego a ella, enarqué los ojos y sonreí mientras suspiraba. Le extendí la mano y le devolví el saludo.

—Bárbara, aunque imagino que ya lo sabías.
—Sí, pero ahora lo sé de ti, eso es más importante.
—¡Ja! Como tú digas —le dije y solté su mano.

Hubo un momento de silencio después del saludo en el que giré la mirada hacia el paisaje de luces que formaba el puerto. Me recordaba a la vista de mi departamento, sólo que más hermoso debido al reflejo de las luces sobre el mar. Pero aquí no me sentía una diosa poderosa y destructiva, era más bien, todo lo contrario. Me sentía pequeña, casi indefensa y sólo una vez me había sentido así.

<< Me voy, Bárbara, esto se acabó >> recordé.

—Eres muy hermosa, lo sab… —Laura me sacó de mis pensamientos, por suerte.
—Ay, por favor… cursilerías conmigo no te van a servir —le dije con hastío mientras bebía.
—¡Está bien! Está bien… lo había olvidado… y de que prefieres hablar.
—Pensé que tenías todo planeado.
—Sí, bueno… casi todo, aunque no sé si te atreverías a lo que te quería proponer —me dijo mirándome de reojo.
—A ver… dime —me entró cierta curiosidad.

Justo cuando me iba a decir su propuesta, dos chicas que estaban en el lugar se acercaron y se sentaron, así sin más, con sus tragos donde estábamos nosotras.

—Hola, Laura. ¿De que hablaban? Nos podemos sentar aquí ¿Verdad? Preséntanos a tu amiga.

Yo me reía por dentro. Claramente había llamado la atención, para bien o para mal, de los allí presentes. Y era cuestión de tiempo para que se acercara alguien, reacción con la que Laura no contaba. Lo más probable es que pensó que sacándome de mi supuesta zona de confort en el "Horizonte Arcoíris", evitaría cualquier contacto con alguien externo a nosotras, por lo tanto, reduciría la probabilidad de que me fuera con alguna chica llegado el momento en que me aburriera de ella.

—Nicol… Ceci… que tal… ahm… sí, siéntense —les dijo Laura un tanto desconcertada.

Tras una breve mirada a ambas pude deducir su perfil. Nicol era delgada, pálida, de cabello morado y liso. Tenía algo así como un rollo con el sadomasoquismo. Usaba latex, plataformas, gargantillas de cuero y púas, como si fuera un perro y labios negros. Mucha personalidad para cubrir a una niña flacucha, sin senos, débil y con una clara carencia afectiva que suplía con latigazos. Ceci… en cambio, era masculina a decir basta, salvo porque tenía unos senos enormes que trataba de disimular con una camisa militar gigantesca. Era ancha, algo musculosa, usaba pantalones de hombre y bototos. Tenía expansiones, tatuajes hasta en la cara, aros en los labios, mejillas, lengua. Llevaba el pelo largo y trenzado, piel trigueña. De no ser por todo lo que se había hecho, me atrevería a decir que era bonita.

Que anduvieran juntas no me llamaba la atención. Nicol era una "performance" y Ceci era la guardaespaldas que rompía las piernas del que se pasara de listo. Pero, lo más probable es que tuviera un "corazón de abuela" con ella.

—Y bien. ¿Qué conversaban? —preguntó Nicol.
—Laura estaba a punto de proponerme algo —dije mientras miraba a la campesina con malicia.

Ella me devolvió la mirada como diciéndome << Me las pagarás >>.

—¿Una propuesta? ¿De qué tipo? —dijo Nicol mirando inquisitiva a Laura.

Noté cierto rubor en las mejillas de la campesina.

—Pues le iba a proponer un juego… para conocernos mejor —dijo dando un largo trago a su cerveza.

Enarqué una ceja << Un juego >>, que adolescente.

—¡Ay que entretenido! Nosotras también queremos jugar —dijo Nicol con un entusiasmo exagerado, irónico.
—¿De qué trata el juego? —dije sin mirarlas mientras sacaba un cigarrillo y lo metía en mi boca. Pero, mientras buscaba en mi cartera el encendedor, Cecilia ya había sacado el suyo y me ofrecía la llama. La miré con picardía y encendí mi cigarro pegándole una calada. De reojo vi ciertos celos en el rostro de Nicol, los cuales trató de disimular cuando vio que la campesina estaba peor.
—Gracias, cariño —le dije a Cecilia, con una sonrisa pero, sin mirarla, luego me dirigí a Laura —. ¿Y bien?
—Pues… era un juego de preguntas y respuestas. Si no quieres responder, tomas un trago.
—Eso es muy aburrido, que tal si lo hacemos más interesante —le dije dando otra calada a mi cigarro con una sonrisa de medio lado.

Nicol y Cecilia observaban intrigadas nuestro diálogo. Puedo adivinar que sentían cierta tensión.

—¿Y cómo haríamos eso? —preguntó la campesina.
—Yo adivinaré ciertas cosas de cada una de ustedes con sólo mirarlas. Si acierto, no les digo nada de mí pero, si pierdo, me pueden preguntar lo que sea y yo contestaré.
—¿Y cómo sé que contestarás con la verdad? —preguntó Laura.
—Sólo puedes confiar en que lo haré. Soy una mujer de palabra pero, también sabré si me mienten y no admiten que lo que diga de ustedes es verdad.
—¡Ok! ¡Trato! —dijo Laura.
Miré a Nicol y Cecilia esperando respuesta.

—¡Aceptamos! —dijo Nicol y Cecilia asintió.

Observé de reojo como varios de los presentes habían comenzado a prestar atención a nuestra conversación. Incluso el chico de la barra.

—Bueno ¿Con quién parto? De ti ya sé lo suficiente —le dije a Laura—. Cecilia ¿Cierto? —ella asintió de nuevo.

Cecilia era fácil de leer, como un libro de cuentos para niños. Me bastó con observar cada uno de sus tatuajes a la vista y donde se ubicaban, además de sus aros para saber quién era.

—Tienes entre 25 y 28 años, vienes de un barrio humilde, por no decir peligroso. Has tenido alrededor de cinco parejas relativamente estables pero, de la segunda te enamoraste perdidamente. Aprendiste a tatuar sola, esos dos tatuajes de tu brazo fueron los primeros que te hiciste y fueron por ella. Probablemente hija de madre soltera y ni idea del paradero de tu padre. La devoción a la virgen que tiene tu madre y todas sus oraciones por ti cada día hicieron que te tatuaras a la virgen en el pecho. También tienes un hermano menor que anda entre los 9 o 10 años… —mientras hablaba veía como los ojos de Cecilia se abrían de la impresión. Había acertado como era obvio y no tenía como negarlo— vives con Nicol hace… mmm… tres años. Trabajas en un club de boxeo y te gustan los gatos… creo que tienes dos… diría más pero creo que es suficiente con ver tu rostro —terminé dándole una calada a mi cigarro.
—¿Cómo… supiste?... —fue lo único que dijo Cecilia, después miró a la campesina quien estaba pasmada al igual que Nicol.
—¿Seguimos? —dije dando un par de sorbos a mi trago y apagando el cigarro—. Nicol… Nicol… - la miré unos minutos. Ella era un poco más complicada pero, sólo un poco. Como pensaba o sentía estaban impresos en su postura y en lo que vestía pero, al igual que Cecilia, tenía un par de tatuajes que me ayudaron a dilucidar más —. Nicol… tu madre murió hace un par de años —vi cómo su rostro se paralizaba—, sólo queda tu padre, y la razón de que seas una "dominatrix" es justamente por la relación que tenías con ellos. Tu madre era una mujer de un carácter fuertísimo y tu padre es débil como una pluma. Siempre humillado por tu madre. Sufrías con esto hasta que en tu adolescencia, en tu primera relación con un chico, al pelearse hasta los golpes, sentiste un placer enorme, pensando que al golpearlo, castigabas a tu padre. Y es así cada vez que vas a tus encuentros con hombres mayores. Te fijaste en Cecilia porque ves la energía de tu madre en un cuerpo masculino como el de tu padre, así que prácticamente es como si estuvieras con tu madre y tu padre a la vez… Pensándolo bien… serías un caso clínico sumamente interesante para Freud o Jung— prendí otro cigarro mientras terminaba de decir aquello.

Nicol no dijo nada, sólo se bebió su trago de un sorbo.

—Creo que hoy no sabrás nada de mí… —le dije con una sonrisa de satisfacción a la campesina, ella me miraba irritada.

En el lugar reinaba un silencio rotundo. Yo sentía tanto placer al destruir los muros de seguridad de la gente, me deleitaba con el caos mental que causaba en los demás. La diosa destructora había bajado al mundo de los mortales y en su paso había acabado con todo.

—Léeme a mí —oí decir al chico de la barra.

Me volteé, lo miré impertérrita. Una lástima que quisiera algo así, porque por mucha simpatía que sintiera, sería implacable con él.

—Ven entonces —le dije.

El chico caminó hacia nosotras, se sentó frente a mí una vez que la campesina se hizo a un lado. Varios de los presentes se acercaron a nuestro grupo y desde atrás nos comenzaron a observar expectantes a ver que iba a decir. El chico se quedó en silencio. A él sólo lo miré a los ojos un par de minutos.

Capítulo 3

Capítulo 3

Ese don de observar a la gente lo heredé de mi padre. El; con sólo mirarte a los ojos, podía saber que algo te pasaba, que sentías, si eras culpable de algo o no. Y como con todo don pueden pasar dos cosas: o la siguiente generación lo pierde o lo mejoran. Conmigo pasó lo segundo. Iba más allá. Te miraba y podía saber que habías comido ese día, o a lo largo de la semana. O que habías vivido a lo largo de tu vida o, inclusive, podía predecir que te iba a suceder con bastante certeza en un par de años más. Muchas veces metí en problemas a mis padres con preguntas indiscretas a los invitados que llevaban a la casa a comer.

Pero, fue gracias a este don que logré conquistar a Ana. Ella había sido la única persona en mi vida a la que me había costado "leer". Por más que la mirara a los ojos no podía llegar más allá de lo que había comido al desayuno. Sabía que el don de Ana era justamente ese. Haber creado un muro, una careta tan grande de su vida que nunca sabrías que pasaba por su cabeza en realidad.

—Tú y yo somos buenas amigas, ¿Verdad? —me dijo Ana mientras estábamos sentadas en una banca del parque mirando los árboles.
—Claro que sí —le respondí. Amaba el brillo de su piel blanca a la luz del sol de la tarde.
—Pero, tú y yo nos gustamos, ¿Cierto? —me dijo sin ningún filtro. Aquello me descompuso, como lo solía hacer siempre.
—Pues… ahm… sí… tu sabes que sí… —le dije mientras me sonrojada sobremanera.
—Bueno… el día que adivines mi verdadera pasión, yo seré tu novia —me dijo mirándome de pronto como si no hubiera ninguna emoción en su corazón.

Día tras día la miraba a los ojos. Día tras día miraba su quehacer. Cuando no estaba, espiaba sus libros, sus cuadernos, en busca de algo que me lo pudiera indicar. Llevábamos más de un año de amistad y todavía no sabía que era.

Un día, casi dándome por vencida, me senté en una banqueta de una pequeña plazoleta camino a mi casa. Observé a las personas que ahí estaban y de pronto lo supe. Salí corriendo a la casa de Ana. Todo ese tiempo estuvo la respuesta ante mis ojos. Ana vivía aparentando, fingiendo ser alguien que no era. Llegué a la entrada de su casa, toqué el timbre varias veces desesperada. Nadie salió. Di la vuelta a la casa y de pie, frente a su balcón busqué algunas piedrecitas, las cuales lancé hasta

su ventana. Pasaron unos minutos y finalmente se asomó.

—¡Bárbara! ¿Qué haces acá? —me dijo con una sonrisa—. Estoy en mis clases de pian…
—¡Actriz! ¡Quieres ser actriz! —le dije fuertemente pero avergonzada.

Ana dibujó una enorme sonrisa mientras desviaba la mirada al suelo, se dio la vuelta, entró y cerró su ventana. Unos minutos después la vi saliendo por el ventanal debajo de su balcón y corrió a mis brazos. Me besó en la boca y mi corazón se detuvo en lo que parecía una eternidad. Ella separó sus labios de los míos y me dijo:

—Ahora serás mi novia…

La única otra vez que pude leer sus ojos fue la última vez que la vi.

Miré al chico, di las últimas caladas a mi cigarro. La campesina parecía impaciente ya que cada vez se movía más en su lugar.

Lo volví a mirar y noté que estaba temblando porque sabía que yo sabía. Sentí una pizca de compasión y decidí mentir.

—Eres un chico rebelde porque tu madre está separada de tu padre y ahora tiene otro novio, el cual no te cae bien. Tu madre te pide que vayas a clases porque su novio cree que este negocio es una estupidez…

Vi en sus ojos un “gracias”.

—No, no es así.- dijo el chico mientras con una sonrisa miraba al suelo y se revolvía el cabello.

La campesina abrió la boca de impresión y luego se largó a reír. Nicol y Cecilia se miraron y dibujaron una sonrisa de triunfo.

—¡Ja, ja, ja! ¿No todo te resulta como quieres siempre, verdad? —dijo la campesina—. ¡Ahora tendrás que responder a cualquiera de mis preguntas!
—La verdad… no las tuyas, las del chico —vi como el rostro de la campesina se desfiguraba mientras que el chico me miró con impresión.
—¡Qué! ¡Pero si…!
—Yo le cedo mi pregunta —dijo el chico mientras le frotaba la espalda a la campesina en señal de camaradería.
—¡Ja! ¡Gracias Lito! —dijo ella.
—Bueno… como quieras —dije yo impertérrita.

—¡Pregúntale algo sexual! —le recomendó Nicol.
—No, pídele su teléfono o donde vive… - Dijo Cecilia.

Yo encendí otro cigarro y las miraba un tanto hastiada << Que sugerencias tan infantiles… >> Pensaba. <<¿Cómo no se les puede ocurrir algo más original?>> Detuve mi mirada nuevamente en el chico, este se sonrojó y miró al suelo. Yo esbocé una sonrisa y miré a la campesina.

—¿Y bien? ¿Qué vas a preguntar? —le apresuré aburrida.
—Pues… creo que ya sé que me gustaría saber de ti —me dijo con una mirada bastante seria.

Yo enarqué mis cejas pero, sin dejar ver emoción alguna.

—¿Qué es lo que te hace feliz?

La pregunta me tomó un poco por sorpresa. << Vaya… nadie me había preguntado algo así desde hacía demasiado tiempo…>> pensé. Quedé muda. No podía responderle que no lo era, ni que lo fui o más bien… que ni yo sabía que me hacía feliz porque desde lo de Ana creía que nada ni nadie en el mundo me volvería a hacer feliz.

Como ya éramos novias oficialmente, salíamos y pasábamos más tiempo juntas. A veces iba por las tardes a su casa después de clases y nos quedábamos juntas hasta que llegaban sus padres en la noche. Yo les decía a mis padres que iba a su casa a estudiar pero, en realidad, pasábamos la tarde haciendo el amor, comiendo y conversando y como ambas éramos las mejores alumnas aún sin estudiar, no sospechaban nada.

Era en esas tardes que a veces me quedaba mirando su perfil a la luz de la tarde y sentía que jamás podría amar a alguien más así como la amaba a ella.

—¿Qué te hace feliz, Ana? —le pregunté al oído en un susurro.
—¿A mí? Mmm… imaginar las luces del escenario apuntándome, la gente en silencio escuchando mi actuación. Imaginar los aplausos, las flores, sonreírles, ser reconocida por mi trabajo, por lo que soy.

La escuchaba mientras hablaba y gesticulaba. Me cautivaba con sus movimientos y expresiones. Ella se dio vuelta y con esa sonrisa pícara que me decía “te descubrí mirándome” me dijo:

—¿Y a ti qué te hace feliz?

La miré, se veía tan hermosa cuando me miraba así.

—Que tú seas feliz me hace feliz —le dije con amor.

—Parece que tu amiga no sabe que decir, Laura —dijo Nicol con una sonrisa maquiavélica.

La campesina me volvió a insistir.

—¿Qué te hace feliz?... ¿Alguien te hace feliz?...

Fruncí el ceño y miré el techo hastiada del todo. Había pasado unos minutos infernalmente eternos. Ya había olvidado ese episodio de mi vida pero, ahora, gracias a esta estúpida mujer, volvía a revivir todo y ya me estaba cansando.

—Por favor… No necesito a nadie para ser feliz. Esas son cursilerías que vende la publicidad para hacerte comprar productos… ¿O no se han dado cuenta? —le dije a la campesina y luego pasé mi mirada por todos los presentes de manera aburrida—. Si compras esto serás feliz, si tienes amor serás feliz. Para conquistar a otro necesitas esto y serás feliz —decía mientras gesticulaba con el cigarro en la mano y mostraba un rostro de asco—. No existe la felicidad como tal. Es sólo un estado efímero de exaltación que te producen ciertos momentos en la vida. Creer que siempre serás feliz es una estupidez, al igual que creer que otro te hará feliz —dicho esto, di una gran calada a mi cigarro y mientras exhalaba el humo dije—. Pura mierda…
—Y acaso estos tipos en el Tíbet… esos monjes ¿No son felices?
—balbuceó Cecilia consultando con la mirada a Nicol.
—Confundes felicidad con paz. Ellos tienen paz. Sin preocupaciones. Siempre viven en el presente gracias a la meditación. No pasan hambre, frío o calor. Pero, créeme, cuando son perseguidos y asesinados no son felices. Esa felicidad no está en medio del dolor… pero, la paz queda. Mueren sin culpas, ni responsabilidades —argumenté. Cuando pasé mi mirada por el chico me detuve un segundo y pensé que quizás el no debería estar escuchando esto. Sentí… << ¿Lastima? >> Ver en su rostro credulidad y aceptación ante lo que decía << Bueno… mejor que lo sepa ahora que después >>.
—Entonces… ¿tú tienes paz? —me dijo de pronto la campesina quien parecía que sentía algo de lástima por mí.
—Claro que sí —dije dando otra calada.
—¡Ja, ja, ja! ¿Y tú cómo puedes tener paz? No vives en el Tíbet ni meditando. Debes tener preocupaciones como todos —se río incrédula Nicol.

—No las tengo —ni si quiera me detuve a mirarla. Sólo observaba las luces a través de la ventana.
—¿Cómo que no? —preguntó Nicol.

La miré unos segundos pensando si quería realmente llevar la conversación por ese camino.

—Porque tengo dinero.

—¡Ja! ¿Mucho?... ¿Cómo para no preocuparte? —me miró con ironía.
—Más que mucho —le dije con el rostro más serio del que mis facciones eran capaces y vi como su rostro se desfiguraba incrédulo.
—¿A qué te refieres? —interrumpió la campesina.

La miré de reojo con la misma seriedad.

—Lo suficiente como para no preocuparme por nada hasta que me muera y arreglarle la vida a ustedes para que no tengan de que preocuparse hasta que se mueran y si tuvieran hijos ellos tampoco tendrían de que preocuparse.
—No puedes tener tanto dinero… —refutó Nicol.
—¿En qué trabajas?... —balbuceó de nuevo Cecilia.
—Soy dueña de varias empresas y acciones en la banca internacional. Además de otros negocios aburridos de explicar.
—¿Qué… qué clase de empresas? —dijo tímidamente el chico.
—Inmobiliarias… construcción… minería… automóviles...

Apagué mi cigarro sin mirar a nadie, luego levanté la mirada al mismo tiempo que me arreglaba el cabello con los dedos de una mano y lo apartaba de mi rostro.

Pude ver el rostro de impresión e incredulidad de los presentes pero, a eso ya estaba acostumbrada. No solía decir de todo lo que era dueña pero, las pocas veces en que lo hacía, las reacciones eran siempre las mismas. Si supieran toda la verdad de mi riqueza…

—¿Alguna otra pregunta? —le dije a la campesina con una expresión de satisfacción ante la incomodidad que había causado en los presentes
—Pues… ahm… —la campesina parecía buscar por cuál lado recuperar el control de la situación pero, le estaba resultando imposible.
—Parece que no, así que yo me reti… —fui interrumpida antes de siquiera poder levantarme.
—Entonces ¡Les regalo una ronda de mi especialidad por esta conversación! —dijo el chico haciendo uso de su mejor humor.
—Bueno… acepto pero, sólo ese trago y nada más —dije con una media sonrisa mirándole. Era un buen tipo… me recordaba en cierta forma a mí de pequeña—. Me toca conducir esta noche… y supongo que debo llevarte

a casa —dije dirigiendo mi mirada a la campesina con un tono un tanto despectivo.
—Puedo quedarme en alguna hostal si te molesta. No estas obligada a llevarme —dijo ella tranquilamente terminando su cerveza.
—¡Muy bien! ¡Ya los traigo! —dijo el chico mientras se levantaba e iba a la barra.
—Bueno… nosotras las dejamos también. Fue suficiente por hoy… —dijo Nicol levantándose mientras se apoyaba en el hombro de su voluminosa amiga.
—¿Fuiste por lana y terminaste trasquilada? —dije sin mirarla.
—Venía por mujeres y sólo encontré más perras, en verdad —me dijo despectiva.
—Entre perras nos reconocemos, claramente —le contesté.

En ese momento Cecilia hizo ademán de lanzarse sobre mí, ya que había ofendido a su amiga, o mejor dicho, más a Cecilia que a Nicol pero, esta última la contuvo junto con la campesina que lo sostuvieron por los hombros.

—¡Tranquila Cecilia! ¡No pierdas tu tiempo con ella! —la calmó Nicol.

Echó un bufido como un toro y se fue con Nicol.

La campesina se dejó caer en el cojín en el que había estado sentada y me miró echando un suspiro cansado.

—Ten cuidado con lo que dices… No sé si podría defenderte de alguien como ella. Fuerza tengo pero, no soy la "Mujer Maravilla"…
—No necesito que lo hagas… se defenderme sola. No te confundas… no invierto mi tiempo y dinero en peluquería y ropa —le dije con tranquilidad.

—Ah ¿No? ¿Y en qué lo ocupas entonces? —me preguntó curiosa.
—Estudiar… aprender… —le dije mientras le recibía el trago al chico—. Gracias, está muy bueno —le dije a este mientras le dedicaba una pequeña sonrisa.

El se sonrojó, entregó el otro trago a la campesina y se fue de vuelta a la barra.

—¿Estudiar? ¿Aprender? ¿Qué cosas? – me dijo ella mientras le daba un sorbo a su bebida sin quitarme los ojos de encima.

Tuve por un momento una sensación extraña, como si ella fuera la única que realmente se interesaba en mí, en las cosas que hacía, pero rápidamente descarté ese pensamiento << Pura mierda... >>

—Todo lo que me sea útil.
—¿Y qué es útil para ti?

—Judo, kick boxing, yoga… —di un sorbo más a mi bebida y noté como poco a poco los ojos de la campesina se abrían de par en par—
…arquitectura, física, arte, literatura, ciencias, sociología, psicología y una larga lista de etc.
—Pero, cómo… ¿acaso estudiaste todo eso en la universidad? Imposible… si no eres mucho mayor que yo…
—No… la Universidad es una pérdida de tiempo. Pero sus bibliotecas no y con contactos en ellas puedo entrar y sacar lo que quiera. Así que estudié sólo lo que necesitaba y lo que me interesaba… además los profesores son muy abiertos a conversar con gente que les haga preguntas de verdad… y en mis tiempos libres practico los deportes que te comenté…
—¡¿Tocas el piano también?! —me dijo la con algo de ironía.
—No. Podría pero, no necesito impresionar a nadie y si quiero música la escucho por internet.
—Vaya… en que momento haces todo eso… a mi apenas me queda tiempo al final del día… ¿Es que acaso no duermes?
—Sólo un promedio de 5 horas diarias.
—¡Dios! Eres algo así como perfecta.
—Créeme que si lo fuera, ya habría logrado que te rindieras con eso de la cita —dije mirándola con una sonrisa de medio lado.
—¡Ja, ja, ja! Tienes razón pero, no. No me rendiré, menos ahora que veo lo intensa que eres. Me gustaría llegar a conocerte a fondo, todo de ti… —dijo ella como empezando a soñar. Como si no fuera a mí a quien se lo estaba diciendo.

Fruncí el ceño << Conocer todo de mí… >> ¿Por qué alguien que no me conoce; y que sólo me vio un par de veces y a quien he tratado bastante mal, va a querer conocerme? Cualquiera en su sano juicio ya me habría catalogado como el ser más individualista y antipático que pisa la tierra. Pero ella, esta campesina… Laura, quería ir más allá… como si intuyera que hay algo más.

—Cuéntame de ti —le dije bruscamente, sacándola así de su ensoñación.
—¿Qué cosa? ¿Qué te cuente de mí? —me miró con los ojos perdidos.
—Sí, de ti. No hay nadie más frente a mí que yo sepa.
—Pero… ya sabes de mí ¿Recuerdas? En el Horizonte…
—Sí, lo recuerdo… pero, quiero que tú me cuentes de ti.

Ella se sonrojó y tomó un gran sorbo de su trago tratando de ocultarlo.

—Ahm… pero, no sé qué contarte después de todo lo que me dijiste…
—No intentes comparar tu vida con la mía. Olvida lo que dije y cuéntame de ti. Quién eres —le dije con seriedad.
—Pues… me llamo Laura, tengo 26 años, soy la segunda de cinco hermanos. La única mujer, aunque parece que con los mismos gustos que ellos ¡Ja ja! —me miró mientras se reía pero, al ver que yo seguía muy seria, ella suspiró y miró su trago—. Mmm… soy de un pueblo a las afueras. Se llama San Alfonso… allá trabajaba con mis hermanos y mi

padre en la granja.
—¿Qué hacías en la granja?
—Yo… ahm… arreglaba los motores de los autos y tractores. Mecánica… Cuando ninguno de mis hermanos podía arreglarlos, me llamaban a mí y si yo no podía, llamaban a mi papá.
—Y acá. ¿Qué haces?
—Mecera. Tal cual como dijiste, Aunque varias veces he arreglado el auto de mi jefe y me gano unas monedas extras.
—¿Trabajas todos los días?
—De Lunes a Sábado, hasta las 20 horas.
—¿Y en tu tiempo libre?
—Duermo, leo, escucho música y a veces corro autos en carreras clandestinas —dijo algo avergonzada.
—¿Por qué llegaste a la ciudad?

Ella me miró algo alarmada, como si supiera que yo intuía que las carreras de autos tenían que ver con el tema.

—Pues… —me observó largo rato sin decir nada de una manera que no supe leer; cosa que me llamo la atencion y luego inesperadamente me dijo—. Cuando me digas algo de tu vida privada yo te diré algo de la mía.

Abrí los ojos de par en par sin poderlo controlar y ella se rio al notar mi impresión. Traté de retomar el control de la situación.

—Me parece justo —dije con seriedad.
—Entonces… ¿Me dirás algo? —sonreía de medio lado.
—Hoy no. Quizás otro día —dije mientras le daba el último trago a mi bebida.
—¡Oh! ¡Vamos!.. ¡Que tramposa eres! —se quejó con desilusión.
—Te equivocas, no soy tramposa, soy inteligente —le sonreí con un dejo de soberbia—. Ahora dime, ¿Dónde vives?
—En un departamento en el centro, entre la 2da avenida Norte y la 4ta avenida Oeste.

Por un segundo mi corazón se detuvo << Justamente a dos cuadras de ahí, viví con Ana cuando nos fuimos juntas… >>

—¿Y dónde trabajas? —dije sacando mis cigarros.
—En el restaurante “Sunday” de la 5ta avenida Sur.

De nuevo mi corazón se detuvo por una milésima de segundo. Solté una carcajada de incredulidad y miré al techo, luego volví mi mirada a la campesina.

—¿Todavía esta ese viejo huraño de la cocina? ¿Ramírez?
—Ese idiota, claro que sí. “Ya va, ya va, aquí tienes la comida niña tonta. Tanto apuro” —imitó la campesina con voz raspada y ronca—. Pero, tú

¿Cómo lo sabes?

Miré por el ventanal el puerto y sus luces. A veces la vida nos juega a favor y otras en contra, como lo que tuve con Ana. Pero, otras veces sólo juega y nos trae gente que nos recuerda todo lo que pretendes olvidar para lograr estar en paz.

Aquella campesina trabajaba en el mismo lugar que yo trabajé cuando vivía con Ana y vive muy cerca de donde yo lo hice. Además venía de un pueblo en las afueras que a nadie le importaba, igual que yo… <<¿Qué mierda quiere la vida de mi ahora?>> Ver a esta campesina era como verme a mí. Comienzos parecidos, las mismas estúpidas expectativas al llegar a la ciudad, jugándosela por alguien completamente egoísta… miré mi reloj.

—Bien, es tarde, debo irme. ¿Dónde te vas a quedar?
—¿Qué? Pero… —se detuvo cuando notó que no iba a lograr nada con protestar—. Pues, no sé, acá supongo. Lito siempre deja que me quede acá. Duermo en sus cojines. Así no tienes que llevarme a ningún lado.
—Acá… en ESTOS cojines —recalqué despectivamente el entorno y me levanté—. Vamos, te llevo a mi departamento.
—¿A tu… departamento? Pero… no puedes conducir por carretera con dos tragos en el cuerpo…
—No te preocupes, tengo un departamento a media hora de aquí. Vamos, no tengo toda la noche —le dije haciéndole ademán de que se apurara.

Ella me miró un par de segundos entre incrédula e impresionada, le dio un sorbo rápido a su trago y se levantó.

—Espérame abajo, voy a pagar los tragos —ella asintió y se fue camino a la puerta donde la vi desaparecer.

Me acerqué a la barra y saqué de mi cartera varios billetes grandes junto con una tarjeta de presentación e hice un gesto al chico para que se acercara. El me miró y rápidamente se colocó frente a mí.

—Toma, por los tragos.
—¡No! ¡Son por la cuenta de la casa! —me dijo con una sonrisa mientras rechazaba amablemente con una mano.
—Vamos, chico, para mí, esto no es nada. Acéptalo —le repliqué con una sonrisa de medio lado.
—Ahm… está bien… oye… estas soltera ¿Verdad? —me preguntó volviéndose algo coqueto.

Yo no pude evitar reír.

—¡Ja ja ja! ¡Vamos, si puedo ser tu hermana mayor… MUY mayor!

El me miró de reojo con una sonrisa tímida.

—Entonces ¿Cero posibilidades? —dijo mientras tomaba los billetes y la tarjeta.
—Cero, chico… al menos por unos buenos años. Pero, ya sabes, si necesitas algo tú… o tu madre… —el me echó una rápida mirada de impresión— …no dudes en llamarme —terminé apuntándole el número en la tarjeta—. Adiós… —me di la vuelta y me retiré del lugar.

Bajé hasta la entrada principal donde me esperaba la campesina. La noche se sentía muy fresca en contraste con el aire del ático en el que estábamos.

—Vamos… necesito descansar un poco —dije mientras camina al auto.
—¿Está muy lejos de aquí tu departamento? —me dijo mientras me alcanzaba.
—Como te dije, a una media hora de acá, queda por los cerros. Lindas vistas… ya verás.
—¿Sueles conducir después de beber?
—Tranquila, Dios… si estoy bien, al menos hoy no moriremos —le dije burlándome y subí al auto.

Ella hizo lo mismo mientras yo encendía el motor. Nos colocamos el cinturón y partimos alejándonos de las luces del puerto.

Capítulo 4

Capítulo 4

—Tu auto es una verdadera joya ¿Lo sabías? —me dijo mientras tocaba la carrocería.
— Lo sé. Aunque me imagino que tú conoces mejor que yo de estos autos.

— Pues, supongo que sí. Con mi hermano alucinábamos con tener uno así.

— Pero, si corrías en carreras de autos ¿Cómo es que te asustaste tanto cuando aceleré por carretera hacia acá? —comenté sacándola de su comodidad mientras arqueaba una ceja y me sonreía de medio lado.
— ¡Yo no me asuste! No entiendo de que hablas…

Solo la miré de reojo como diciéndole: "no finjas conmigo".

— Ash… no se te puede ocultar nada a ti ¿Verdad?
— Qué bueno que lo vas entendiendo.
—Bueno, lo que pasa es que si es otra la persona que conduce, no me siento segura pero, si lo hago yo, es otra cosa. Solo eso.
— Supuse algo así.
— Pero, puedo decir que conduces muy bien. Bien podrías correr autos.
— ¿Esto es una clase de flirteo tuyo?
— No, para nada. Te lo digo de verdad. Además, ya entendí que contigo no sirve mucho el coqueteo —terminó soltando una risita mientras miraba por la ventana.
— Pues… gracias —contesté secamente.

Por alguna razón quedé en blanco. << ¿Acaso se me está acelerando el corazón? >> << Pura mierda… >> pensé, y para mitigar cualquier sentimiento, aceleré por la costanera.

Después de unos 20 minutos conduciendo, llegamos a una villa ubicada en un balneario muy acomodado. Mostré mi tarjeta, los guardias me dejaron pasar sin hacer preguntas y avanzamos por la avenida principal. El desfile de mansiones y edificios de departamentos lujosos debe haber sido impresionante para la campesina.

—Vaya que te gustan los lujos ¿Eh?
—La verdadera razón de por qué compro un departamento en un lugar como este es porque esta gente rica vive muy alejada la una de la otra y no se meten en mi vida. Da igual si tienen mucho dinero o no, todos son

unos idiotas.

Doblé hacia el final de la avenida llegando a un edificio de departamentos. Entré en los estacionamientos, dejé mi auto en el lugar que me correspondía y bajé. La campesina me siguió hasta los ascensores donde subimos hasta el quinto y último piso. Mi departamento era el con la mejor vista y al igual que el que tenía en la ciudad, había mandado a hacer un muro cortina con el que se veía toda la costa.

—Puedes dejar tus cosas en el mesón —le mencioné mientras cerraba la puerta detrás de ella.
—¡No lo puedo creer! ¡Tremenda vista! Me encanta. Si pudiera, me gustaría tener uno así y me pasaría todo el día mirando por este ventanal.

Mirarla ahí, de espalda a mí, y no pude evitar pensar: Yo me detengo casi todos los días a mirar por ese ventanal, creyéndome, sintiéndome un ser superior cuando en realidad, era una persona más. Tuve otro acto extraño para mí. Quise impresionar algo más a la campesina. El living y la habitación principal estaban divididos por un muro corredizo de madera. Tomé la manilla del muro y lo deslice. De inmediato la vista del muro cortina se amplió hasta la habitación continua. Podías sentir que la ciudad entraba al departamento, con sus luces y su movimiento. Ella miraba la escena con los ojos muy abiertos.

—Puedes dormir en mi pieza… cuidado con el escalón a la habitación —me senté en el borde de la cama y me quité los zapatos.
—Pero ¿Y tú? —me preguntó saliendo de su ensoñación.
—Debo trabajar en algo y luego dormitaré en el sofá —añadí quitándome los pantalones seguido de la blusa como si ella no estuviera ahí.

Vi como abría los ojos de par en par en cuanto quedé en ropa interior. Se sonrojó y desvió la mirada. Tomé la ropa y la dejé en el "walking closet", salí de el con una toalla en mano y un pijama.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que nunca has visto a una mujer en ropa interior, ahora? Sé que has visto más que eso —le dije con calma.
—Bueno, sí. Pero, esto es distinto…
—No te pases cuentos ¿Sí? Solo voy a tomar un baño. Dentro del armario hay toallas limpias por si también quieres tomar un baño. También puedes tomar un pijama, así no duermes con tu ropa.

Le eché una última mirada y me metí al baño sin dejarla contestar.

Me miré en el espejo: El mismo rostro serio, hermoso y de mirada terriblemente fuerte. Los músculos que los ejercicios me habían dejado no

opacaban ninguna de las curvas que mi cuerpo poseía. Apoyé mis manos en el lavabo y suspiré largamente. << ¿Qué te pasa, Bárbara? ¡Qué diablos te pasa! Has estado con mujeres más bonitas, inteligentes y poderosas, incluso que tú. ¿Por qué diablos ella te parece distinta? ¡¿Por qué?! >> Me metí a la ducha, encendí el agua y me metí bajo el chorro.

Después de lo que había pasado con Ana, no había vuelto a estar en una relación. Me había dado cuenta que el amor no existía como tal. Ana me había usado para conseguir lo que quería, para llegar a donde necesitaba y luego me había desechado como a un mueble viejo. Después de eso, yo juré que nadie más jugaría conmigo, que nadie más me usaría. Al contrario, si y necesitaba algo de alguien lo tomaría y ya. Pero, esta campesina llegaba y comenzaba a desbaratarme todas mis construcciones. A veces no podía prever que iba a decir o hacer. Era insistente, testaruda, no se dejaba abatir por mis negativas ni le hacían mella mis pesadeces. Estaba llena de energía, de esperanzas. Se parecía tanto a… a mí cuando era joven. << ¿Acaso me había convertido en alguien como Ana o peor que ella? >>

Cerré el agua caliente y dejé que el último chorro de agua fría me limpiara de tanto pensamiento y activara mi cerebro para cosas más útiles. Salí del baño envuelta en una toalla. La campesina estaba sentada en el sofá junto con una toalla y ropa que había sacado del armario.

—Todo tuyo.

Ella asintió y se metió al baño. Escuché que prendía el agua y se metía, yo mientras me sequé y coloqué el pijama que había sacado. Una vez lista, me fui al living, saqué mí laptop y me senté frente al mesón de la cocina americana. Había ciertos correos sobre “negocios” que debía tratar. Negocios que no puedo aclarar en este momento. No lo entenderían. Pero, entre todos estos temas “complicados” me había llegado un correo de mi asistente en la oficina de la ciudad: Básicamente me recordaba que mañana tenía una reunión con unos nuevos proveedores de autos, directamente desde Japón. Necesitaban entrar al mercado nacional y necesitaban una inversionista como yo.

<< Vaya, había olvidado la reunión >>. Era raro que me pasara eso ya que solía recordar todo lo que se refería a mi trabajo. No por nada tenía el éxito que tenía. Frunciendo el ceño miré hacía mi habitación. De pronto tuve una idea.

La campesina salió del baño mientras atendía otros correos y se metió a la cama en silencio. Sé que me miró hasta que se quedó dormida.

A eso de las 4 de la mañana dejé a un lado mi laptop y me preparé un café. Hacía frío y muchas luces de la costa se habían apagado pero, la

ciudad seguía viéndose hermosa.

Me acerqué a la cama y me quedé de pie junto a ella. Observé a la campesina dormir profundamente. No tenía grandes problemas que la atormentaran en ese minuto. Ni si quiera yo era un problema en ese momento. Le di un sorbo a mi café mirando el puerto. Pensé en el jovencito del bar y en que habían pasado varios años desde que una mujer dormía en mi cama y no era para tener sexo. Solté una pequeña carcajada, terminé mi café, me vestí sin hacer ruido y salí del departamento con las llaves del auto en mano.

A eso de las 7 de la mañana coloqué música a un volumen moderado para que la campesina se despertara de a poco. La sentí moverse y estirar los músculos. El sol comenzaba a salir cuando la escuché desde la cocina.

—¿Bárbara?
—Dime
—¿Qué… es esto?

Me asomé a la habitación, ella estaba sentada y miraba la bandeja con desayuno que le había dejado a un lado.

—Un desayuno… —le respondí con una ceja arqueada y dando un sorbo a mi café.
—¿Lo hiciste tú? —me preguntó con un poco de incredulidad y otro poco de impresión.
—Claro. ¿Quién más? —respondí impertérrita.
—Y… ¿Por qué? —me miró con inocencia. Eso me molestó.
—Pues, porque la gente desayuna. ¿O no? Al menos yo sé que tú si lo haces. Tienes cara de que sí. Así que menos blah blah y más comer. —insistí.

Me observó unos segundos de una manera que no supe dilucidar. Luego acercó la bandeja y se dispuso a comer. Le había llevado una tetera con agua caliente, té, café, un plato con frutas, otro con quesos y embutidos que probablemente nunca había probado, leche, mermelada, crema de chocolate y avellanas, mantequilla, jugo de naranja y una panera con tres tipos de pan.

—¡Esto parece un buffet! —me dijo divertida mientras se servía un té y se preparaba un pan—. ¿No me acompañas?
—No. Antes de que despertaras me comí un tazón con cereal y me estoy terminando mi café.
—Pero, yo no me puedo comer esto sola. ¡Es demasiado! Vamos, come un

poco conmigo —terminó de decirme con ojos suplicantes.

<< Yo no voy a caer en eso >> pensé. Pero, ella insistía con su mirada mientras me ofrecía una tostada con mantequilla que me había preparado. Sentí una pequeña cosquilla en la boca del estómago. << Te estas ablandando >>. Me senté a un costado de la cama y tomé la tostada.

—Está bien. Solo un poco. La verdad, no como mucho cuando voy a trabajar.
—¿Tienes que irte pronto?
—No, tenemos tiempo antes de ir a la reunión —mencioné mientras comía y miraba el paisaje.
—¿Tenemos? A qué te refieres con "tenemos".
—A que me acompañarás a mi oficina.
—¡¿Qué?! ¿A tu oficina?... Pero, ¿Qué tengo que hacer yo ahí? No sé… además yo tengo que trabajar igual…
—¿A qué hora entras?
—¿A trabajar? A las 12 horas.
—Cuánto te pagan el día.
—No mucho…
—Bueno —me levanté, fui hacia mi cartera, saqué mi chequera y le hice un cheque por el valor aproximado de lo que ganaba al mes. De todas formas, yo ya sabía cuánto se ganaba ahí—. Toma, yo te pago el día. Llama a tu trabajo y di que estas enferma o algo así.

Ella me miró largo rato mientras masticaba lentamente la frutilla que se había metido a la boca. Tragó, dobló las rodillas apoyándose en ellas y me sonrió entretenida.

—¿Y qué se supone que debo hacer contigo?
—Dijiste que sabes de autos. ¿Cierto?
—Sí, así es.
—Pues, bien. Hoy tengo una reunión con un grupo de empresarios de Japón que necesitan una inversionista para entrar al mercado automovilístico nacional pero, necesito saber si vale la pena invertir. No quiero pagar por algo que no me traerá ninguna retribución a la larga.
—Aun no entiendo que tengo que hacer…
—Tú, veras los autos y me dirás si valen la pena o no. Simple.
—Simple… ¿Y si me equivoco?
—Pues, perderé muchos millones y probablemente te ganes mi odio.

Abrió la boca y los ojos de par en par. La miré seria y luego miré mi tazón de café. Sonreí.

—Confío en que lo harás bien —me levanté—. Termina de comer y arréglate, luego nos vamos.

Iba por carretera en silencio, pensando en cosas del trabajo. No me había dado cuenta de lo callada que estaba la campesina hasta que me habló.

—Tengo una duda.
—¿Ah?
—Si eres tan buena adivinando. ¿Por qué no adivinas si estos japoneses son de fiar?
—Primero que todo, no soy adivina. Y segundo, no puedo con ellos.
—¿Cómo que no puedes?
—Los orientales, mejor dicho, los hombres de negocios orientales tienen una coraza. Un muro. Tienen una mirada falsa, sabes que ocultan algo pero, han aprendido a disimular muy bien sus intenciones. Su cultura sabe que la mirada es el espejo del alma y no pueden dejar que sus enemigos sepan lo que traman en realidad. Es por eso que no puedo "leerlos" y te necesito a ti. Si eres tan buena como dices, sabrás si esos autos valen la pena o no y ellos… no cuentan con eso.
—Pero… ¿Tengo que hablarles?
—No. Todo me lo dirás a mí. Ellos no hablan ni una pizca de español así que tampoco podrán saber lo que decimos. Eso sí, lo más probable que traigan un traductor.
—Bueno —volvió la mirada a la carretera—. Espero hacerlo bien. La verdad estoy un poco nerviosa.

<< Yo también >>. Pensé.

Alrededor de las 9:30 de la mañana llegamos al edificio que tengo en el barrio acomodado de la ciudad. Estacioné el auto y le pedí a la campesina que me acompañara al ascensor. Cuando nos bajamos en el piso donde se encontraba mi oficina; como esperaba, fuimos objeto de miradas. A ella la miraban por su apariencia y a mí como preguntándome de donde la había sacado.

Ya en el hall de entrada a mi despacho me acerqué a la recepcionista que estaba completamente embobada conmigo.

—¡Buenos días, señorita Bárbara! ¿Cómo está? Hace días que no la veíamos por aquí.
—Matilde, buenos días, llama a Raúl y dile que lo quiero en mi oficina ahora.
—¡Sí, señorita!
—¿Llegaron los de la junta?
—¡Nadie aún!
—Bien, avísame cuando estén todos. ¿Pediste el té?
—Sí, señorita. Y a los especialistas también.

—Excelente —le dije mientras caminaba hacia mi oficina.
—¡Disculpe, no puede entrar ahí! —le dijo la recepcionista a la campesina.

—Viene conmigo —le respondí mientras sostenía la puerta de vidrio de mi oficina para que pasara.
—¡Oh! Disculpe señorita Bárbara… yo…
—Llama a Raúl —corté y cerré la puerta cuando entró mi acompañante.

Me senté en mi escritorio rápidamente y encendí mi computador.

—Matilde está buena pero, tiene la cabeza hueca.
—¿Y eso te importa? —me respondió la campesina con bastante hastío por mi comentario.
—No. La verdad es que no me importa pero, no me meto con gente del trabajo. Saben demasiado.
—Tienes tus reglas…
—Soy precavida. Siéntate —le ofrecí un asiento frente a mi escritorio.

En ese momento entró Raúl sin tocar la puerta.

—¡Bárbara! ¿Cómo estás? La "pajarita" me dijo que me llamaste urgente. ¡Agradece que tengo el taller cerca de acá porque esos llamados de la nada me ponen los nervios de punta!
—¿"Pajarita"? —me dijo entre dientes la campesina.
—Le dice así a la recepcionista —le contesté y luego me dirigí hacia Raúl—. ¡Querido! Si te llamo así es porque de verdad es urgente —terminé y le indiqué que mirara a mi acompañante.
—¡Ay, mi Dios! ¿Quién es ella? ¿La sacaste de un rodeo? —me contestó con una mano en el pecho como si le fuera a dar un infarto.

Ella miró a Raúl y luego a mí con los ojos bien abiertos de la impresión.

—Oye. ¿Quién se supone que eres tú para venir a tratarme así?
—Raúl es uno de los diseñadores más famosos del país y con reconocimiento en pasarelas internacionales, además de mi asesor de imagen personal y ahora te va a ayudar a ti a vestir para recibir a los japoneses.
—¡¿QUÉ?! —dijeron al unísono.
—¡Bárbara! ¡Yo no hago caridad!
—Yo tampoco. Te voy a pagar muy bien por este trabajo extra así que déjate de rezongar y llévatela a tu taller. Tienes 30 minutos.
—¡Te voy a cobrar muy caro esto!
—Sí, sí. Ya ve —le dije echándolo de la oficina con mis manos.

Raúl avanzó hacia la puerta y se retiró, sin embargo, la campesina se

quedó sentada mirándome incrédula.

—¡Yo no pienso ir con ese súper diseñador "miu-miu"!

Yo me levanté tranquilamente, me paré frente a ella, me puse a la altura de sus ojos y la miré directamente.

—Vamos… es solo para esto. De verdad necesito tu ayuda. No te lo pediría de ser necesario. Además, sé que eres capaz, que lo harás bien. Después puedes volver a la normalidad.

Ella me miró algo nerviosa por la cercanía, luego suspiró mirando al suelo.

—Mínimo que me concedas la cita después de esto —se levantó y caminó hacia la puerta.

La vi desaparecer en el umbral y me quedé de pie mirando un rato. << ¿Es verdad eso que dije? ¿En verdad la necesito? >> Suspiré algo hastiada de aquel pensamiento y me fui a sentar para afinar los últimos detalles de la reunión.

Después de un rato, Matilde me avisó que estaba todo listo. Los invitados a la reunión habían llegado, estaba en el salón de juntas con los especialistas del té, siendo servidos.

Miré la hora. << Se te acaba el tiempo, Raúl >>. 15 minutos después, "el rey de Roma" llegó a mi oficina.

—¡Hice milagros, niña! ¡Mi – la – gros!
—Como siempre, Raúl. ¿Acaso no te acuerdas de cómo llegué a tu taller? —le dije apagando la pantalla de mi computador.
—¡Ay! ¡No me lo recuerdes! —me respondió abriendo las palmas al cielo.
—¿Y dónde está?
—Afuera. La "pajarita" le está coqueteando con descaro —me dijo entretenido.

Caminé hacia la puerta, me asomé y la vi. Era otra persona o mejor dicho, era lo mejor de ella. Raúl había logrado; como siempre, encontrar su esencia y potenciarlo al mil por ciento. Le había retocado el cabello, cortado y peinado. Estaba más largo de arriba y corto a los lados, dándole más movimiento. Llevaba un suéter de cuello en V negro y debajo una blusa de seda blanca holgada. Pantalones de tela con un corte recto y unos botines de taco ancho tipo dr. Martens. Finalmente, el maquillaje la

hacía ver entre masculina y femenina a la vez.

—Me… encanta —dije en un primer impulso.
—¿Cómo? —me contestó Raúl con una sonrisa de medio lado.
—Qué está muy bien… adecuado —corregí de manera seria.
—Me contó lo de ustedes —me dijo colocando sus manos en mis hombros.

—¿Ah, sí? —respondí con indiferencia.
—Así es. Yo creo que deberías darle la cita. No seas tonta, ella no es como Ana. Es mejor.

<<Golpe bajo…>>

—No sabía que te había pedido tu opinión sobre mis asuntos personales.
—¡Ay! Ya, te dolió pero, es la verdad. Intuición de viejo zorro —terminó, me dio un beso en la mejilla y se fue. De paso, se despidió de la campesina.

Ella también se despidió de él, luego volvió la mirada notándome en la puerta. Me sonrió.

Sentí otra vez unas cosquillas en el estómago. Fruncí el ceño y caminé hacia ella.

—¿Te gusta? —me dijo dando una vuelta para mostrarse—. La verdad, tenía mis dudas de lo que quería lograr Raúl pero, me queda genial.
—Muy apropiado para ti. Ahora, vamos a la reunión —le respondí sin reaccionar a su emoción.
—¿Tan pronto?
—Tan pronto —le indiqué que me siguiera.
—Entonces. ¿Te hablo todo a ti? —preguntó siguiéndome.
—Así es. Estarás detrás de mí y harás lo que yo. Cuando te indique, te acercarás a los autos y los revisarás y si necesitas cualquier cosa, me avisarás y me acercaré a ti. No mires a nadie a los ojos y mantén la postura lo más erguida posible.

Llegamos a un lado de la sala de juntas donde venían saliendo los especialistas del té junto con la gente del catering.

—¿Lista?
—No lo sé. ¿Tú? —me dijo algo nerviosa pero, irguiéndose.
—Siempre —terminé y entramos a la sala.